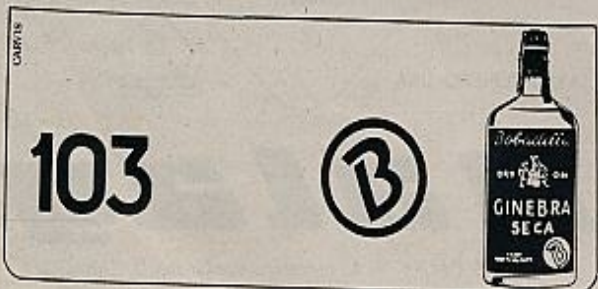


OTRA
ETIQUETA NEGRA
DE

Bobadilla



DEPORTES

persistencia en el error

EL «caso Reina», del que ya nos ocupamos hace algunas semanas, ha tenido su repetición, Marcial, el rubio y espijado interior de diecinueve años del Elche, fichó por el R. C. D. Español y ya no disputa los últimos cinco partidos de Liga con el cuadro de Altavix.

Nos parece una barbaridad que esto pueda ocurrir. De golpe y porrazo, el Elche prescinde de su más valioso elemento, desnivelando así su rendimiento y proporcionando a sus adversarios en esas últimas cinco jornadas una ventaja de la que no gozaron sus anteriores rivales. Si el Elche puede hacer de su capa un sayo, por espíritu de deportividad no debiera perjudicar a terceros, como ocurre con estos traspasos en plena temporada.

Si el Reglamento ampara estas transacciones es indiscutiblemente porque el Reglamento está mal hecho. Jamás puede admitirse que una ley proteja actividades que van contra la esencia misma de la ley. En los casos de Reina y Marcial, la deportividad no sale bien parada y eso es triste. Algo a lo que hay que poner remedio.

Se nos dirá que Marcial podía estar enfermo o lesionado, y que esta ausencia suya del Elche tendría las mismas consecuencias. El argumento no es válido, puesto que lo que se trata no es de matizar unas circunstancias de forma, sino censurar una actitud de fondo. Si el Reglamento respondiera al espíritu del juego, Marcial debiera haber continuado militando en el Elche hasta final de temporada. Eso hubiese sido lo correcto. El que se afirme que, sabiendo su porvenir asegurado en un equipo de campanillas, su acción en el Elche hubiese sido ya inconstante y desvalida es algo que no puede admitirse, so pena de cargar a Marcial, muchacho excelente, con el sambenito de una falta de honestidad para sus deberes profesionales.

No sabemos si los clubs, en el próximo Pleno, sacarán a relucir esta cuestión. Probablemente, no, por aquello de que sus intereses —hoy por ti, mañana por mí— se imponen demasiadas veces a la justa interpretación de los hechos. Pero la Federación, que debe velar celosamente por la plena integración del espíritu deportivo en todas las actividades bajo su mandato, debiera sacar a colación este punto y establecer las normas adecuadas para evitar la repetición de estos casos que comentamos.

La persistencia en el error parece ser uno de los males crónicos de nuestro fútbol, que sigue siendo un deporte, por mucho que algunos pretendan lo contrario. A la Federación le corresponde el recordarlo, puesto que es el organismo que ha de equilibrar las conveniencias e intereses de los clubs —respectables siempre— con los elementos morales inexcusables a toda acción deportiva.

Esta persistencia en el error se mantiene, también, en la estructuración de la Copa, torneo adulterado por las exigencias económicas. Ya se sabe que la Copa es una competición de características totalmente distintas, y aun opuestas, a la Liga, que es una prueba de regularidad. En la Copa debiera privar la emoción del sorteo puro, que es uno de sus grandes atractivos. Por el contrario, se insiste en la fórmula del emparejamiento, primero, entre los equipos de los dos grupos de Segunda División y, después, entre los supervivientes de esa ronda y los dieciséis equipos de Primera División.

Aparte de no ser justo, se le resta al torneo el mejor de sus atractivos, y eso hace que la competición pase desapercibida y prácticamente olvidada hasta que se escala la tercera eliminatoria. A mayor abundamiento, se sigue manteniendo la injusticia de alejar a más de un centenar de clubs de categoría nacional del seno de la competición. Nos referimos a los clubs de Tercera División, verdaderos parias de nuestro fútbol, clase descastada a la que se aparta como un enfermo incurable.

Mientras los equipos juveniles y aficionados tienen su Copa, y los de Segunda y Primera disponen de la misma oportunidad, los de Tercera son mantenidos al margen. ¿Por qué? Ni siquiera se les da la ocasión de disputar un torneo de características similares, para el que se pusieron ya las bases con el Trofeo «General Moscardó», que se disputa en Cataluña, pero cuya proyección nacional —que hubiese sido un homenaje al primer delegado nacional de Deportes— ha quedado barrida por falta de empuje de los propios clubs, pero, sobre todo, por ausencia de una iniciativa superior que canalice unas aspiraciones evidentes, aunque acomplejadas.

De la Copa no debieran estar excluidos los equipos de Tercera División. Y bien podía arbitrase una fórmula para que esta injusticia desapareciera.

J. J. CASTILLO